

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

AÑO XV.

MADRID 1.º DE SETIEMBRE DE 1888.

NÚM. 174.



EL CALDERERO.

EL CALDERERO.

Con el paraguas al hombro, las tenazas y el martillo en una mano, y el hornillo con las demás herramientas en la otra, iba Tomasito de casa en casa buscando trabajo. Acercóse á la puerta de una, y llamando dijo: «¿Hay algo que componer?» Asomóse la cocinera y le dijo que pasara. Pasó, y al llegar á la cocina, le preguntó la cocinera entregándole una cafetera: «¿Sabrás componer esto?»

«Pues ya lo creo, y le aseguro que ha de durarle mucho.»

«¿Cuántos años tienes?»

«Doce,» dijo el niño suspirando; y al momento, queriendo variar de conversacion preguntó: «¿Y qué, no hay más que componer?»

«Nada más; vete al patio y allí puedes trabajar; concluye pronto.»

Y en efecto, marchó Tomás al patio, dejó el paraguas junto á la tapia, se sentó en un banquillo esperando á que tomara fomento la lumbre, y apoyando la cabeza sobre el brazo izquierdo se durmió. Así pasó algun tiempo, al cabo del cual vino la cocinera; lo miró, y le dió lástima, y sin que él se diera cuenta, le echó una moneda de dos reales en el bolsillo; luego, aparentando estar incomodada, le llamó diciendo: «Gandul, ¿así trabajas?»

Se despertó sobresaltado y se puso á llorar avergonzado.

«¿Por qué lloras?» le dijo la criada enternecida.

«He estado velando á mi madre, que está mala.»

«¡Pobrecito! ¿no tienes padre?»

«No, se murió el año pasado.»

«Bien, hermoso, trabaja.»

Y animado por la bondad que encerraban estas últimas palabras de la cocinera se puso á trabajar, y á la media hora habia concluido la obra; subió para entregarla y dijo: «Vale dos reales.»

«Bueno, toma, cámbiame esa peseta.»

«No tengo vuelta, hoy no he recogido nada.»

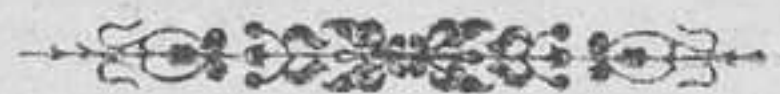
«Vamos, no mientas, ya sé yo lo que sois los chicos.»

«No, no miento,» é instintivamente se llevó la mano al bolsillo y halló los dos reales.

«¡Ah! tunante. ¿Y ahora qué me dices?»

«¡Oh señora, de veras le dije la verdad, hoy no he trabajado ni recogido nada,» dijo el chico tan angustiado, que hizo á la cocinera arrepentirse de haberle preparado aquella broma.

«Bueno, bueno,» dijo la cocinera que no pudo soportar ver su seriedad, «esa moneda te la he metido yo cuando dormias, y es un regalo que quiero hacerte; ahora lleva esa peseta á tu madre, como pago de tu trabajo, que bien lo vale. Y díla tambien de mi parte que tiene un hijo sincero y leal, y que puede confiar en que Dios no os desamparará.»



PEPITO.

Vivia en el campo una pobre viuda, en una casita muy pequeña cuya puerta estaba pintada de encarnado y cuyo tejado, que era de paja, estaba cubierto de musgo. Tenia cuatro hijos: un niño y tres niñas. El niño, Pepito, era el mayor, y porque no habia sitio para su cama en la habitacion, tenia que dormir en un departamento muy pequeño del granero, que ni aun tenia ventana, y sólo una alambra con un cristalito verdoso y sucio. Las dos menores dormian en la cama de su madre, y para la niña mayor fue construido un lecho sobre sillas. Al principio, cuando tomaron aquella casita, Pepito tenia miedo de dormir solo allí, pero suprimió las lágrimas y puso cara serena para no afligir á su madre. Por la noche, cuando acabó de acostarse, subió la madre la escalera estrecha, abrió la puerta y le besó: «¡Buenas noches, Dios bendiga á mi Pepito!» Díjole, se fué, y el miedo desapareció con ella, rezó el muchacho su oracion de la noche y perdió el miedo.

Una mañana de verano convinieron en la escuela, en que al dia siguiente harian una excursion por el bosque. Los niños habian de llevar pan con manteca y un real para café y leche. Un real importaba mucho para la madre de Pepito, la que tenia que ganar lo preciso para su mantenimiento. «Recibirás un buen pan con manteca, Pepito mio,» le dijo, «y tambien un bollo, pero siento no poder darte más.» Otra vez fueron

suprimidas las lágrimas y Pepito se fué con cara animada comiendo su merienda, de un pedazo gordo de pan con manteca y encima rodajas de patatas; estas eran el queso que necesitaba. Pero cuando estaba detrás de los sauces viejos en la esquina del foso, rompió á llorar. En este mismo momento pasaron dos caballeros andando por el camino. Pepito los conocia bien; el uno era el comandante anciano, el hacendado, el otro su hijo. Pepito se puso debajo del árbol y no alzó los ojos hasta que habian pasado los caballeros. Pero ¡mira! allí en el camino habia una bolsa de seda verde, llena de dinero. El primer pensamiento de Pepito fue alcanzar á los caballeros y llamarles; pero el segundo, mirar lo que contenia la bolsa. Se hallaban en ella monedas de oro y plata, tambien algunas de cobre, y además muchísimas pesetas. Y habló el tentador en su corazon. «¡Vamos! ¿qué les importa á los hombres ricos? ¡hazlo!»

Y Pepito escuchó las palabras del tentador y al instante se echó una peseta en el bolsillo del chaleco.

(Se concluirá.)

LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

XXIII.

Todos los dias desde por la mañana Pequeña Madre se sentaba bajo el cerezo, y entretenida en mirar y muchas veces en admirar el pájaro que revoloteaba.



teaba y saltaba á su alrededor, la flor que Carlitos le llevaba, la nube que en el cielo cambiaba de sitio y de forma, mientras que ella la seguía con la mirada, se le hacían cortas las horas. Hacia la tarde, cuando las sombras comenzaban á extenderse por la pradera, se la trasladaba á la casa. Por la mañana podía andar apoyándose en el brazo de Sylvania, pero por la tarde estaba fatigada y su amiga la llevaba como el primer día. Las mejillas de Pequeña Madre tomaban tintes rosados, como no habían estado hacia ya mucho tiempo; estaban también ménos deprimidas y sus ojos parecían ménos rasgados que antes; su boca se abría á menudo para sonreír. Había cambiado mucho, pero tenía siempre su aire dulce y serio y la felicidad no la hacía egoísta.

Un día un coche se paró á la entrada del sendero que conducía á la casita; este era un suceso. Con excepción de aquel que había traído á los niños, Sylvania no recordaba haber visto otro igual en su vida. Miró con curiosidad por la ventana de la cocina y vió bajar á una señora y una niña que se adelantaban hacia la casa. Entonces Sylvania secó con presteza sus manos que estaban en el agua de jabón y fué al encuentro de las visitantes.

«Venimos á ver á nuestra enfermita,» dijo la señora Grandville, á quien la jóven reconoció entonces por haberla visto el día en que fué á buscar á Pequeña Madre. En cuanto á Edita, no la había visto todavía.

«La encontrará usted fuera, señora; voy á conducir las á su lado. No merece apenas el nombre de enferma. Usted la encontrará muy cambiada.»

Pequeña Madre las vió venir de léjos y reconoció desde luego á la «pequeña señora;» sus ojos brillaron, se enrojeció hasta la raíz de los cabellos, y luego fue presa de timidez; y cuando las visitantes estaban junto á ella, no se atrevió á decir nada, ni á tender la mano. Pero Edita no se detuvo por esta frialdad aparente y la abrazó diciéndole: «¡Cuán contenta estoy de volver á verte, mi querida Florita!»

Pequeña Madre, sorprendida de oírse llamar así, no dijo nada todavía.

«¿Es que me has olvidado?»

«¡Oh! no,» respondió, dirigiendo una mirada que significaba mucho más que sus palabras, «pero yo no me llamo Florita.»

«Lo sé. Mamá me ha dicho que te llaman Pequeña Madre. Este nombre es bonito también, se diría que esto es para jugar; pero yo te llamaré siempre Florita, porque este es el nombre que te daba al pensar en tí. Esto no te importa, ¿no es esto? ¿dónde está Carlitos?»

«Juega en la fuente.»

«Voy á buscarle,» dijo Sylvania, «pero estará poco presentable.»

Corrió luego á buscar sillas para las visitantes, después á llamar á Carlitos, que vino todo mojado y avergonzado, bajando la cabeza y no queriendo mirar á nadie de frente.

(Se continuará.)



EL PASTOR.

Cuando me hallaba en Jerusalem, quise tomar un croquis de la ciudad, y

para ello me encaminé hácia el *monte Olivete* por la carretera que conduce á Betania, que pasa al lado del Sur de dicho monte. Desde este monte me fue

fácil dominar toda la ciudad, pues es más alto que aquel en que esta se encuentra situada.

Puse mi caballete y mi lienzo, y cómodamente acondicionado, empecé mi obra.

Eran las dos de la tarde, cuando creí oportuno sentarme á la sombra á tomar un bocado; entonces me faltaba poco para concluir el paisaje.

Habia algunos rebaños por los alrededores, y de uno de ellos se fueron retirando las ovejas hasta llegar al sitio en que yo me encontraba; tras el rebaño llegó el pastor, que se sentó á mi lado. Una oveja, en esto, se acercó al caballete, y cual crítico del arte, miraba al cuadro asombrada; luego se fue acercando hasta que casi tocándolo con el hocico lo hubiera hecho caer. Cuando yo me quise levantar para evitarlo, el pastor me hizo sentar otra vez, diciendo: «No se moleste V.,» y la llamó. En el instante atendió presurosa al llamamiento de su amo. Me sorprendió esto sobremanera, porque jamás habia visto una obediencia más completa, ni habia sabido hasta entonces que el pastor conociera á sus ovejas una por una. Así es, que le pregunté: «¿Cómo entre tantas ovejas sabe V. distinguir unas de otras siendo todas del mismo color?»

«La costumbre de tratarlas, y además que se diferencian en algo.»

«No encuentro esa diferencia.»

«Pues ya lo creo que la hay; mire, aquella está coja, esa otra con una oreja partida, aquella tuertā; pues vea

cómo anda aquella, la pobre ha estado baldada, quince dias he tenido que llevarla y traerla sobre mis hombros.»

Continuó de esta manera el buen pastor señalándolas casi todas, y cuando hubo concluido despidióse de mí y se fué con su ganado por el monte abajo; entonces se me ocurrió un pensamiento que me hizo reflexionar por mucho tiempo, mientras continuaba en mi trabajo.

«A todas las conoce el pastor por sus defectos,» me decia yo, «y cuando más desgraciadas están, con más compasion las trata.»

¿No pasa lo mismo á Jesus con nosotros, á Aquel que se llama á sí mismo el *Buen Pastor*? Sabiendo cuán léjos estamos aun de amarlo como debiéramos, y cuántas faltas cometemos diariamente, y las huellas que han dejado nuestros pecados, ¿no podríamos decir que, como aquel pastor de Palestina, Él tambien conoce á sus ovejas por sus defectos? Pero no deja por causa de ellos de amarnos. Aquel pastor ha prestado sus espaldas para conducir á la oveja baldada que queria y no podia ir con sus compañeras á pacer al campo. Jesus ha dado su vida entera para que todos los que queramos ir en su rebaño á la mansion celestial no tengamos impedimento alguno. Pero hay que acudir á su llamamiento y obedecer á su voz como oveja dócil; amémosle, pues, y sigámosle; que yendo él con nosotros ninguno quedará atrás.

Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia. Yo soy

el Buen Pastor, y conozco las mías y las mías me conocen. Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco y me siguen. Y yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás, y ninguno las arrebatará de mi mano.

PEPITO.

(CONCLUSION.)

El niño tembló, porque ántes jamás habia hecho tal cosa. Ya no se atrevió á alcanzar á los caballeros, pues era imposible mirar á sus ojos despues de lo que habia pasado; pero cuando anoche-
cia, se escabulló á la hacienda y entregó la bolsa al criado.

«Espera un poquito,» dijo este cariñosamente; pero Pepito se escapó con presteza.

«Buenas noches, y Dios bendiga á mi Pepito,» dijo la madre, como acostumbraba á hacer; pero sin embargo, tenia miedo, porque la bendicion de Dios no estaba sobre él. Y no podia orar de ninguna manera y mucho ménos alegrarse de dicha excursion.

«¿Estás bueno?» le preguntó la madre al otro dia.

«¡Gracias! sí, estoy bueno.»

«He pensado,» empezó ella otra vez, «que era lastimoso, que tú no tengas dinero como los otros. Aquí está un real, diviértete bien.»

Pero Pepito no se divirtió bien, porque en el bolsillo de su chaleco habia una cosa que le pinchaba.

«El criado del comandante ha estado

aquí y preguntó por tí,» dijo la madre alegremente, cuando vino á casa por la tarde; «no puedo comprender lo que queria.» Pepito no daba razon, pero pasó una noche terrible. ¡De seguro han descubierto el hurto! Cuando volvió á la mañana siguiente de la escuela, los dos caballeros estaban delante de la casa.

«¡Hola! chico, ¿te sorprendemos por fin?» dijo el señorito cariñosamente; «¿qué te parece de este regalo?» Todo se puso verde delante de los ojos de Pepito, cuando le dieron una moneda de oro. «Eres un chico bueno y fiel;» el comandante le hizo caricias con la mano; «continúa así!» La madre estaba en la puerta con una cara radiante. «Sí, un chico honrado, eso lo puedo decir, lo ha sido siempre.»

Cuando Pepito oyó á su madre decirlo tan alegremente y con tanta confianza, no lo pudo soportar ya, tenia que confesarlo, que desasirse de la fuerza del mal, y volver á ser un muchacho honrado. «¡Ay! ¡no, no honrado! ¡mirad! ¡Ay! Madre mia, ¿qué he hecho yo!» Tirando la moneda empezó á llorar mucho. «¡Gracias á Dios que tú lo has dicho!» Su madre se puso pálida, pero su mano estaba puesta encima de su hombro. Los caballeros tampoco tenian la cara enfadada; el anciano comandante la meneó diciendo: «Mal hecho estaba, pero ahora ya todo está bien. De seguro no harás otra vez tal cosa, estoy convencido de ello. Bueno, ahora será lo mejor que tu madre reciba la moneda de oro; la otra moneda yo la recogeré.»

Pepito lloró todo el día; pero cuando dijo su madre por la noche: «Buenas noches, y Dios bendiga á mi Pepito,» sintió que la bendición descendía otra vez sobre él. Y oró muy fervorosamente, pidiendo perdón á Dios como lo había hecho á aquel caballero, pues tenía que hacer muchas súplicas, y luego dar muchas gracias á Dios por el perdón. Pero cuando se despertó á la mañana siguiente y se acordó de todo lo que había pasado en su corazón, se hincó de rodillas orando en alta voz: «¡Tenme firmemente de tu mano, Señor Jesús!» Y nadie hace esta súplica en vano.

LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

Empero al cabo de un momento la linda pequeña señora lo había puesto contento y charlaba con gracia, jugando con los blondos rizos que le habían dejado un recuerdo tan profundo.

Cuando la señora Grandville hubo admirado bien la buena cara de la pequeña convaleciente, la hermosa vista de que se disfrutaba bajo el gran cerezo, la casa, toda rodeada de verde, propuso á Silvania viniera con ella hasta el coche para tomar algunas provisiones que había traído.

«Si Vd. pudiese,» le dijo, «darnos hacia el fin de la tarde algo que comer, permaneceríamos un poco, y yo diría al cochero que fuera á la ciudad vecina y volviera á recogernos ántes de la noche.»

«Tengo leche de mi cabra, pan negro y queso,» respondió Silvania, un poco inquieta por la modestia de sus recursos.

«¡Oh! entónces no careceremos de nada, y si realmente esto no os molesta, nos quedaremos.»

El cochero fue entónces despedido y la señora Grandville entró con la jóven en la casa.

Quedó encantada del orden y de la limpieza que allí reinaba, pero no hizo cumplimientos á Silvania, porque esta era tan naturalmente hacendosa y distinguida que nadie podía asombrarse de que todo alrededor de ella llevara el mismo sello.

La anciana abuela estaba sentada en una silla, cerca de una ventana.

«Es muy sorda,» dijo Silvania.

«¡Oh! esto no me impedirá hablar con ella. Tengo una buena voz para hacerme oír de los oídos más duros.»

Cuando la abuela, que no se había dado cuenta de la llegada de un coche, hubo comprendido que era la visita, esta entabló con ella una conversacion que, aunque un poco penosa, marchaba sin embargo de una manera satisfactoria. Al cabo de media hora la señora Grandville estaba al corriente de todo lo que concernia á Silvania y á su abuela. Tomaba tanto interés en lo que esta le contaba sobre la actividad, la diligencia y la habilidad de su nieta, que completamente dichosa de ser escuchada así, la buena señora hubiera hablado de buena gana hasta la noche.

(Se continuará.)

FIN.

{ Des-pier-ta, tris-te pe-ca - dor, o-ye, sí, o-ye, sí.
{ Por-que te di-ce el Sal-va - dor: ¡Ven á mí! «Ven á mí! } A
En don-de pue-das des-can - sar. O-ye, sí; Ven á mí.»

DA CAPO HASTA EL FIN.

tu in-ce - san - te tra - ba - jar Pre - pa - ro dul - ce bien - es - tar,

2. Yo soy la fuente del perdón;
Oye, sí; oye, sí;
En mí tan sólo hay salvación,
Ven á mí; ven á mí;
Si del castigo huyendo vas,
En mí refugio encontrarás,
Y vida eterna gozarás;
Oye, sí; ven á mí.

3. Los que me buscan con afán,
Oye, sí; oye, sí;
Jamás desatendidos van;
Ven á mí; ven á mí;

Tu compasivo Redentor
Te llama, pobre pecador;
Admítete por tu Pastor;
Oye, sí, ven á mí.

4. Si quieres la felicidad,
Oye, sí; oye, sí;
Si buscas al Dios de verdad,
Ven á mí; ven á mí;
Tus lágrimas enjugaré,
Y tus heridas sanaré,
La vida eterna te daré;
Oye, sí; ven á mí.

LA TENTACION DE JORGE.

I.

Una hermosa mañana de Mayo, Jorge, un pequeño pastorcillo, se encontraba sentado á la sombra de un viejo roble,

guardando el rebaño, y se dormía al arrullo del canto de los pájaros. Llegóse un caballero muy lujosamente vestido, y le dijo:

«Despierta, muchacho, y dime: ¿hay nidos de pájaros por aquí?»

«Ya lo creo que hay,» dijo el muchacho, «muchos; pues qué, ¿no los oyes cantar?»

El pastorcillo hizo esta observación antes de notar lo bien que vestía y el gallardo aspecto del caballero que le hacía tal pregunta. Cuando observó esto, se levantó apresuradamente, hizo una cortesía y dijo: «Perdóneme Vd., señor; creí que era Vd. uno de mis compañeros de juego. ¿Puedo servirle en algo?»

«¿Puedes decirme dónde hay ó no nidos de pájaros?»

«Hay muchos, señor. ¿No los oye Vd. cantar?»

«Supongo que tú, que conocerás bien este bosque, podrias guiarme á alguno de esos nidos.»

«Ya lo creo que sí. Yo ví esta mañana uno, un modelo de nidos; era de paja amarilla y estaba muy bien tejido, abrigado y forrado con musgo, y dentro había cinco huevos tan azules como el cielo.»

«Bueno, bueno,» dijo el caballero, «yo quiero ver ese nido. Ven y enséñame el camino.»

«Perdóneme,» dijo Jorge, «yo no puedo guiarle ni decirle dónde está.»

«Insolente,» dijo el caballero enojado; «he fijado mi deseo en ver ese modelo de nidos, y mi deseo no es para ser contrariado. Ven, guíame á él y te pagaré bien.»

«En verdad que siento mucho contrariar su deseo,» dijo Jorge, «pero no puedo evitarlo, y por consiguiente, le ruego que me perdone.»

Mientras hablaba llegaron dos personas; la una vestida de terciopelo negro, con cuello blanco y un gorro de seda negro; la otra todo de escarlata y galon de oro.

«Hemos estado buscando á Su Alteza más de un cuarto de hora,» dijo el del terciopelo negro, «y empezábamos á temer que algo malo os hubiera sucedido.»

«Celebro que hayais llegado, porque de todos los muchachos cabezudos con que he tropezado, nunca he dado con uno igual á este pastor.»

«¿Qué quiere decir Su Alteza?»

«Precisamente lo que dije. Tú puedes juzgar sobre esto. Estoy buscando un nido de pájaros. Este muchacho me habla de uno muy bueno. 'Indícamele,' le digo, y me responde: 'No debo.' Todo lo que puede hacer es darme otro. El otro no es el nido que necesito. Yo he puesto mi deseo en este nido.»

Todo este tiempo, Jorge estuvo asustado de su propio atrevimiento, pero enteramente resuelto á no ceder, miraba á los tres en la incertidumbre de cómo había de obrar. Claramente se veía que eran gentes poderosas.

«Pero, muchacho,» dijo con amabilidad el caballero del traje de terciopelo negro, «tú estás obrando mal con ese caballero; ha sido educado en ciudades y nunca ha visto un nido de pájaros, aunque ha leído mucho sobre ellos. Guíalo al que le has nombrado, que no lo cogerá. Todo lo que hará será mirarlo.»

«No puedo expresar cuánto lo siento,

señor,» replicó Jorge, «pero no lo puedo hacer.»

«Eso está mal,» dijo el caballero; «nosotros debemos siempre agradar, en cuanto esté en nuestra mano hacerlo, y en este caso debes hacer un esfuerzo para agradar á ese caballero, porque es el príncipe Enrique.»

(Se concluirá.)

LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

La señora Grandville habia llevado sus lápices y quiso aprovecharlos para hacer un croquis de la vieja casita, que oculta la mitad por los grandes árboles, al primer golpe de vista la habia encontrado digna de figurar en su álbum.

Escogió el punto de vista más pintoresco, y puso manos á la obra. La anciana, lisonjeada de que se hiciera «el retrato de su casa,» vino hácia el dintel para regocijarse viendo trabajar á la artista. Sylvania iba y venia para sus preparativos; y bajo el gran cerezo, oculto por un ángulo del muro, se escuchaban las voces de los tres niños que charlaban.

Pequeña Madre habia dejado ya su timidez. Tenia la mano en la de Eedita, y la miraba con ojos brillantes. Esta habia encontrado sitio en el gran sillón, al lado de ella, y Carlitos estaba sentado en el suelo, á sus pies. Si no hubiera sido por su admiracion hácia la «pequeña señora,» ciertamente jamás hubiera abandonado la fuente para estarse tan tranquilo du-

rante tan largo tiempo. Estaban embobados en una conversacion que les absorbía á todos tres. Pequeña Madre contaba que habia pedido al buen Dios que dijera á los que la creian culpable, que ella no habia robado; y añadió mirando á Eedita con ojos pensativos:

«Él bien lo sabe, ¿no es cierto?»

«Ya lo creo que él lo sabe. El sabe todo lo que nosotros no decimos á nadie. ¡Pobre Florita! cuando pienso que he sido yo la causa de que hayas sido tan desgraciada, siento un gran remordimiento, aunque no pensé hacerte mal dándote mi pieza de oro; y así lo creerás tú misma, ¿no es cierto? Tú no estás incomodada conmigo.»

«Pero,» dijo Carlitos, que sólo habia escuchado las primeras palabras; «yo quisiera, sin embargo, que se me dijera cómo el buen Dios podia saberlo.»

«¿Qué quieres decir?» preguntó Eedita acariciando los redondos mofletes del muchachuelo. «¿Es que no sabes que Dios lo ve todo?»

«Nosotros no sabemos nada,» dijo tristemente Pequeña Madre. «Se me ha dicho que rogase á Dios, pero yo no sé dónde está Dios. ¿Lo habeis visto vosotros?»

«¡Visto!... Nadie lo ha visto... No se le ve...»

«Entonces ¿cómo se le conoce?»

La respuesta era más difícil de lo que Eedita habia creído en el primer momento y reflexionó sobre ella.

«No lo sé bien,» dijo, «nunca he

tenido la idea de preguntarlo. Veamos cómo trato de explicártelo. Todo esto que está alrededor de nosotros, estos árboles, estos prados, el sol, el gran cielo azul, sé bien que quien lo ha hecho, es Dios. ¿Quién había de ser? Los hombres no pueden.

«¿Y las casas?» preguntó Carlitos.

«No. Las casas sabemos que las hacen los hombres, pues que lo vemos todos los días.»

«Entonces bien pueden hacer los árboles.»

«No, porque mira, Carlitos, esto es mucho más difícil. Piensa que un árbol es primero muy pequeño. Crece y se engradece como nosotros. Nosotros crecemos, tú lo sabes, mientras que las casas quedan siempre como se las ha hecho.»

«Es verdad,» dijo Pequeña Madre.

«Mamá me ha dicho que los hombres pueden hacer cosas muy bellas, pero que no pueden hacer nada vivo.»

«Yo quisiera...» dijo Pequeña Madre, y se calló.

«¿Qué quisieras tú?»

«Yo quisiera que me dijeran tantas cosas! Cuando yo estaba sola, mientras que Carlitos dormía y papá no venía, pensaba algunas veces que el buen Dios estaba muy cerca... Entonces no tenía miedo y le pedía que nos diera pan y que hiciera volver á papá. Y cuando mamá vivía me decía siempre: «Ten confianza en Dios, pídeselo todo.» Pero jamás me explicó nada, y algunas veces pensaba que no había nadie que me

oyera, puesto que nadie me respondía.»

«Pero bien ves tú, que Él ha tenido cuidado de tí, Florita. El te escuchaba, pues.»

«Sí, lo veo bien ahora.»

«¿Pero dónde está, pues?» preguntó Carlitos con un tono impaciente, porque necesitaba una respuesta precisa. «Yo creía que estaba en el globo, pero un señor á quien se lo pregunté, me dijo que no.»

«¡Oh! ¡Carlitos! ¡mi pobre Carlitos!» gritó Edita riendo; «¡en el globo! el cielo mismo, el gran cielo azul no puede contenerle. Nosotros no podemos comprender esto, pero podemos, al ménos, amar á Dios, y pedirle que nos enseñe á conocerle.»

«Le querré, cuando le haya visto,» dijo el muchachuelo con decision.

«Jesus ha dicho: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón. Es necesario, pues, que tú le ames, Carlitos.»

«¿Quién es Jesus?»

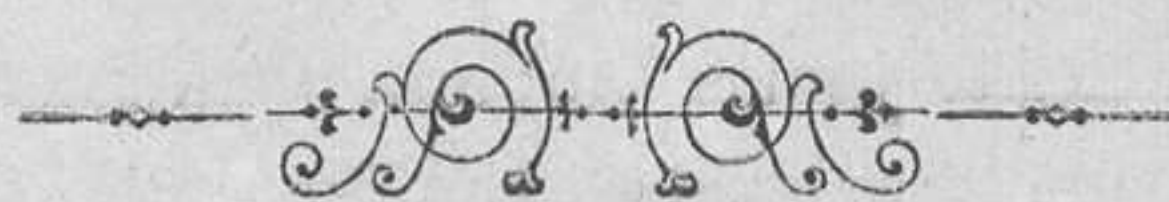
«¡Cómo! ¿no sabes quién es Jesus? ¿Y tú, Florita?»

Pequeña Madre se sonrojó.

«He visto su retrato en una iglesia,» dijo; «estaba sobre una cruz y tenía una corona de espinas. ¿Por qué le han hecho tanto daño?»

«Quiero contaros su historia,» dijo Edita. «Escúchame bien, Carlitos.»

(Se continuará.)





RECONCILIACIÓN DE ESAÚ Y JACOB.

Jacob, hijo menor de Isaac, obtuvo de él, como sabeis, la bendición de primogenitura por medio de un engaño; y

habiéndolo sabido su hermano Esaú, le aborreció y dijo abiertamente: «Llegarán los días del luto de mi padre, y enton-

ces yo mataré á Jacob mi hermano.»

Y como fueron dichas á Rebeca estas palabras que pronunció Esaú, mandó á Jacob que huyera á casa de Laban, hermano de Rebeca, para evitar que su hermano lo matara.

Desde entonces vivieron enemistados, sin verse; mas cuando veinte años despues volvió Jacob á su tierra, se condujo conforme á aquella bella palabra del Nuevo Testamento: «No seas vencido de lo malo; vence con el bien el mal.»

Así es, que Jacob trató de vencer con la dulzura el ódio que su hermano le profesaba; y en efecto envió mensajeros delante de sí á Esaú para que le dijera: «Así dice tu siervo Jacob: con Laban he morado y detenídomé hasta ahora, y tengo vacas, y asnos, y ovejas, y siervos, y siervas; y envío á decirlo á mi señor para hallar gracia en tus ojos.» Y volvieron los mensajeros diciendo: «Vinimos á tu hermano Esaú, y él tambien viene á tu encuentro, y cuatrocientos hombres con él.»

Entonces se apoderó gran temor de Jacob, y dividió el pueblo y los ganados en dos cuadrillas diciéndoles, que si viniere Esaú é hiriere á la una huyera la otra. Durmió allí aquella noche, y al dia siguiente envió un rico presente para su hermano Esaú y mandó á sus siervos ir delante con los ganados y hacer espacio entre manada y manada. Dijo al primero, por si se encontraba con Esaú, y éste le preguntaba sobre su camino y sus ganados que le contestara: «Presente es de tu siervo Jacob que envia á mi

señor Esaú: y hé aquí, tambien él viene tras nosotros;» y esto mismo dijo á todos, y todos marcharon.

En aquella noche luchó Jacob con un ángel, y venció, porque lloró y oró; el cual le cambió el nombre en Israel ó sea *Soldado de Dios*. Al rayar el alba levantó los ojos y vió que venia Esaú, y pasando delante, se inclinó á tierra siete veces hasta que llegó á su hermano; y Esaú corrió á su encuentro y abrazóle, y echóse sobre su cuello, y le besó y lloraron. Esta situacion tan conmovedora es la que representa nuestra lámina, en la que Esaú viene corriendo hácia Jacob, que se levanta, y en la cara de ambos se refleja el deseo de volver á unirse.

Desde entonces, aunque se separaron otra vez, duró entre los hermanos el cariño por toda su vida. «Mirad cuán bueno y delicioso es habitar los hermanos igualmente en uno.» (Salmo 133.)



LA TENTACION DE JORGE.

(CONCLUSION.)

II.

«¡El príncipe Enrique!» exclamó el pequeño Jorge, abriendo los ojos con sorpresa; «oh, perdóneme, gran príncipe, siento no poder enseñarle el nido, y no lo haría aunque fuere su real padre quien me lo pidiera.»

«Eres el muchacho más majadero que he visto,» dijo el jóven príncipe. «Mi querido tutor, ¿qué haremos con él? ¿Qué dices tú, Wilson?»

El caballero del traje de terciopelo negro era su tutor, y el del de escarlata su asistente.

«Déjanos preguntar al muchacho más largamente,» dijo el tutor. «Díme, niño, ¿por qué no nos quieres enseñar el nido? Dínoslo honradamente, y si la razón es buena, no te mortificaremos más.»

«Oiga Vd.,» dijo Jorge, «la verdad es esta: Tomás, el labrador de la casa de labranza, me enseñó el nido y le prometí no decirle á nadie donde está.»

El tutor quedó contento con la respuesta del muchacho, pero resolvió probarle aun más.

«¿Tienes padre?» preguntó.

«Lo tengo, pero es viejo y muy pobre.» Tal fue la respuesta.

«Esta moneda de oro sería una ayuda para él,» continuó el tutor sacando una moneda de oro y poniéndola á la luz del sol. «Esta moneda será tuya, si nos quieres enseñar el nido. Nosotros no lo tocaremos. Tomás no sabrá nada de eso.»

«Pero Dios lo sabrá,» dijo Jorge; «Tomás me creería honrado, pero Dios sabría que no lo soy. Hágame el favor de guardar su oro, señor; me molesta mirarlo.»

«Supongamos que en lugar de guardarlo te lo doy cambiado en monedas de plata; y con toda esa plata en tu sombrero vas á casa de tu padre, y le dices: Padre querido, yo soy tan rico como un príncipe.»

«No, señor, no,» dijo Jorge; «no puedo ceder, hágame el favor de marcharse.»

«Mira cómo reluce el oro á la luz, muchacho,» dijo el tutor.

«Así hace una serpiente,» respondió Jorge. «Váyase, tentador.»

Y después de reflexionar, se volvió avergonzado, y le dijo:

«Yo no quise ofenderle, señor; estaba pensando en Jesús cuando en el desierto le dijo el diablo: Todas estas cosas te daré...»

«Esto,» dijo el asistente, «es la mayor desvergüenza que he visto; déjenme á mí convencerlo.»

Y cogiendo á Jorge por el cuello enarboló el látigo para castigarlo.

«Perdon, perdon,» dijo Jorge pálido y temblando.

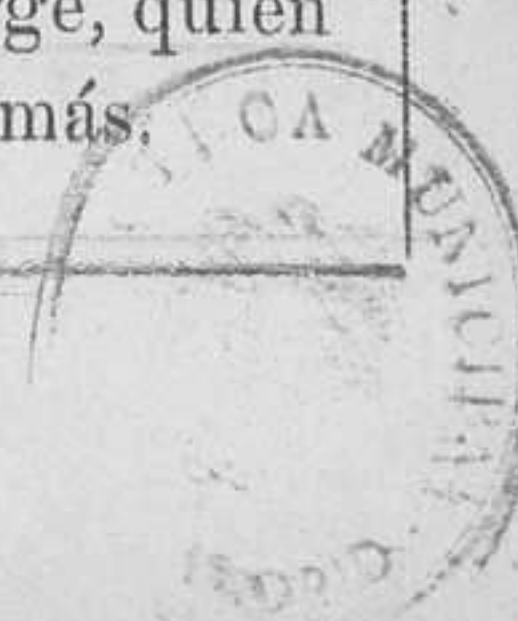
«Enseñanos el nido, bribon.» Y le sacudió un fuerte latigazo.

«Oh, no puedo, no me atrevo, no quiero.»

«¡Basta!» dijo el tutor; «el muchacho se porta cual debe, y ningún daño se le hará. El príncipe comprende también que se ha portado con lealtad y honradez, y que ni el temor ni la ambición han podido llevarlo al mal camino.»

«Ven, Jorge, pide permiso á tu amigo para enseñarnos el nido, y os repartireis el dinero entre los dos.»

«Mil gracias,» dijo Jorge, «¡Dios bendiga al príncipe!» Jorge trajo pronto la contestación de que Tomás otorgaba su permiso. Así fueron enseguida á mirar el nido que estaba escondido bajo un arbusto blanco; el príncipe quedó muy contento, y dió el dinero á Jorge, quien alegremente dió su parte á Tomás.



El jóven príncipe estaba tan contento con la lealtad de Jorge, que este más tarde vino á ser su amigo fiel; y con el tiempo llegó á ser un hombre instruido, hábil y de mucha influencia, porque todos confiaban en él.

Sé fiel en lo pequeño y serás bendito.

LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

«Había una vez, en un país que se llamaba la Judea, pastores que guardaban los rebaños en los campos. Era de noche, y de repente vieron una gran luz y escucharon una bella música. Eran los ángeles que cantaban. ¿Sabes quiénes son los ángeles, Carlitos?»

«Sí,» dijo el muchachuelo; «los he visto en las estampas.»

«Y bien: los ángeles dijeron á los pastores que en una ciudad llamada Bethlehem acababa de nacer un niño. Entónces ellos se levantaron para ir á verle y una estrella les conducía...»

«¡Una estrella!» repitió Pequeña Madre con admiracion.

«Sí, marchaba delante de ellos y ellos la seguían.»

«Una estrella no tiene piernas,» dijo Carlitos con un tono de torpe.

«No, pero ella marchaba en el cielo, y cuando ella se paró, los pastores también se pararon, y encontraron al niño Jesús sentado en un pesebre. ¿Tú sabes qué es esto?»

«¡Ah! sí, he visto un cuadro de esto en una tienda,» respondió Pequeña Madre; «y se me ha dicho que era el niño Jesús, pero yo no sabía lo que querían decir.»

«Entonces los pastores se pusieron de rodillas delante del niño.»

«¿Por qué?» preguntó Carlitos asombrado.

«Porque ellos sabían que este pobre niño, acostado en un pesebre, había venido del cielo, para enseñarles á conocer á Dios y á amarle. Aquel niño creció y fue siempre sabio, siempre obediente. Y cuando llegó á ser hombre, hacía bien á todo el mundo, sanaba las enfermedades, y consolaba á los desgraciados. Hablaba del buen Dios y decía: «Amadle con todo vuestro corazón y amad á todas las personas como á vosotros mismos.»

(Se continuará.)

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO MENSUAL ILUSTRADO.

PRECIOS DE SUSCRICION: Por un año: en Madrid, Ptas. 2; en Provincias, Ptas. 2.50.
Se suscribe en la Administracion, Librería Nacional y Extranjera, Madrid, calle de Jacometrezo, 59. Remítase el importe en sellos de franqueo, ó en letras de fácil cobro.

MADRID 1888. Imp. de J. Cruzado, Peñon, 7.